

BOSQUEJO HISTÓRICO-CRÍTICO

Al soldado más cabal
Y al ingenio más valiente....
¡Válgate Dios por Eugenio!
Pues con nombre tan cabal
Hace inmortales los genios;
Si el uno es gran general (1),
Otro es príncipe de ingenios.

Pero nada podría dar tan completa idea de la exagerada admiración que despertaban los versos de *Gerardo Lobo* en el ánimo de sus contemporáneos, como las siguientes décimas intercaladas en un festivo romance del agudo jesuita el padre Luis de Losada, escrito con el designio de ensalzar las prendas de entendimiento y de carácter que adornaban al popular poeta:

Roba á Homero la afluencia,
Roba á Estacio la arrogancia,
Roba á Horacio la elegancia,
Y á Lucano la elocuencia.
Roba á Claudiano cadencia,
Á Terencio propiedad,
Á Plauto jocosidad,
Á Marcial chiste y sazón,
Á Ovidio imaginación,
Y á Virgilio majestad.

Á Garcilaso dulzura,
Á Lope fecunda vena,
Roba lo erudito á Mena,
Y á Camoens heroica altura.
Roba á Salazar cultura,
Inventiva á Calderon,
Roba á Solís discreción,
A Zárate gentileza,
Roba á Quevedo agudeza,
Y á Góngora elevación.

La poetisa doña Ana de Fuentes, con no menos hiperbólico entusiasmo, decía de *Gerardo Lobo*, en un soneto á su muerte:

¡Sólo en su nombre su alabanza cabel

Juzguemos ahora la índole literaria de este poeta.

La poesía de *Gerardo Lobo* está sin duda pervertida por la decadencia, que todo lo avasallaba y corrompía; está además encadenada al suelo por la frivolidad y la indiferencia; pero reina en ella todavía el libre espíritu de la musa castellana, y entre los enmarañados retruécanos y los artificios de la moda conceptuosa, asoman y deleitan de cuando en cuando trozos de limpio y terso lenguaje, y pensamientos de alta ley.

El cultivo de la poesía no fué para *Gerardo Lobo* ni alarde literario, ni siquiera esparcimiento de hombre culto que se complace en dar ensanche y pábulo á su educación y á su entendimiento. Fué en la esencia una efusión involuntaria de su espíritu desembarazado y ameno, un instinto que empleaba las formas artísticas de la versificación á guisa de vil y obediente materia (2). Jamás existió otro poeta que se preciase ménos de serlo, y que buscara ménos en la publicidad los timbres de la gloria ó los halagos del amor propio.

Pocas son producciones del cuidado,
Muchas, sí, de improviso devaneo,

dice él mismo de sus versos; y sólo en edad avanzada, y movido por un sentimiento religioso, pudo decidirse á consentir en la impresión de sus obras (3).

(1) Alude al *Príncipe Eugenio*, vencedor del mariscal de Villars en la batalla de Malplaquet, y, en otras diferentes batallas, de los mariscales Catinat, Villeroi y Tallart.

(2) No busco los consonantes;
Ellos son los que me eligen;
Porque en la naturaleza
Se ha de fundar lo sublime.

(Romance de don Eugenio Gerardo Lobo á su erudito amigo don Juan de la Cueva.)

Fué gran improvisador, como lo prueban las décimas que acaban en títulos de comedias, y no sabía enmendar sus versos.

Él mismo lo dice con donaire:

Muy pocas veces traslado,
Pues si mi pluma corrige,
Adonde estaba una Venus
Suele poner una Esfinge.

(3) El producto de la edición fué destinado al culto de la imagen de Nuestra Señora de la Peña Sa-

Su vocación de poeta se despertó en edad muy temprana. No había cumplido catorce años, cuando escribió en honor de la Virgen María la loa titulada *El Triunfo de las mujeres*. Si no hubiera dejado muestras más sazonadas de su ingenio, bastaría esta primera prueba de sus fuerzas intelectuales para comprender que *Gerardo Lobo* nació dotado por la mano divina de una imaginación en alto grado desembarazada y poética. La especie de competencia en que coloca á las mujeres famosas de la antigüedad, presentadas en jactanciosa revista por los pueblos *hebreo, gentil, idólatra y cristiano*, para hacer resaltar despues la incomparable figura de María, y darle la corona de flores que *la Primavera* ofrece á la más perfecta de las mujeres, es un pensamiento lleno de elevación y de gentileza, que anuncia el vuelo que en más felices tiempos habría podido tomar el poeta. *El pueblo cristiano*, advirtiendo que *la Primavera* se manifiesta inclinada á dar el premio á las diosas del *pueblo idólatra*, se presenta en la escena, y despues de ensalzar á las santas, mártires ó penitentes, del mundo cristiano, que sobran para eclipsar á las Cenobias, á las Tomiris y á las Semíramis, ofrece la imagen de

La incomparable, divina,
Pura, sacra, intacta siempre,
María, llena de gracia,
La cual, dichosa, á ser viene
De las mujeres corona.....

Si la buscáis recatada,
Mirad á su sacro albergue,
Y veréis que de la pura
Presencia de un ángel teme.....

Por sencillos que parezcan estos versos, asalta un sentimiento de sorpresa al pensar que el poeta que los escribía había salido apenas de los albores de la infancia.

Flexible y vario era por demás el talento poético de *Gerardo Lobo*; no le arredraba género alguno; teatro, poesía épica, poesía lírica, poesía satírica, poesía sagrada, todo lo abarcaba sin timidez ni escrúpulo; pero todo asimismo sin la detención y el ahinco del entusiasmo verdadero, y como por fácil desahogo y superficial pasatiempo. Sus composiciones festivas son las que le granjearon mayor y más fundada nombradía. Aquí se encontraba como en su natural asiento su estro epigramático y movido. La carta á don Luis de Narvaez, en que hace una descripción burlesca de los infelices lugarejos de Bondonal y Elechosa; el elogio irónico del soldado indisciplinado; las décimas que pintan las ilusiones de los que iban á las Indias á probar fortuna, y otras poesías semejantes, viven todavía en la memoria de algunas gentes aficionadas siempre á los donaires hiperbólicos. Críticos de incontestable y merecida autoridad, é imparciales admiradores de la vena festiva de *Gerardo Lobo*, afirman que todos sus versos largos son *detestables* (1). Esta dura sentencia no carece enteramente de fundamento; pero peca por exorbitante y absoluta; dañando acaso al poeta, en la opinión moderna, su sobrenombre, algo arbitrario, de *coplero*. Versos largos, notablemente bellos y hasta sorprendentes para su época, pueden encontrarse en las poesías de *Gerardo Lobo*. Los versos de la *Carta pastoril á un discípulo* distan mucho de ser despreciables, y estrofas hay en ella, singularmente en la imprecación final, que provoca en el pastor enamorado el alegre rumor de

era, venerada en el real de Manzanares. La Congregación encargada de este sagrado culto encarece de este modo la condescendencia de *Gerardo Lobo*:

«Terminase con fundamento que el autor no conviniera en lo que se le pedía, y que continuase en la resistencia de que se publicaran sus obras; pues es notorio que habiendo solicitado muchas veces varias personas que se las diese para que se imprimieran, siempre se había negado, mostrando que le servía de poca mortificación el que lo que escribió, ó para su entretenimiento y diversion, ó para satisfacer al gusto, insinuación ó precepto de aquellos á quienes debía complacer, sin pasarle por la imaginación que lle-

gase el caso de imprimirse, lo hayan publicado sin su consentimiento tantas veces, cuantas han sido las impresiones que los libreros han hecho, llevados del interés que aseguraban en el buen despacho. Pero apenas percibió el piadoso intento de esta humilde Congregación, cuando francamente dió su consentimiento, y ofreció los borradores que tuviese.»

(1) El señor don Antonio Alcalá Galiano, crítico agudo y erudito, dice estas palabras, hablando de *Gerardo Lobo*: «Compuso algunos versos largos, que verdaderamente son todos ellos detestables.» (*Leciones sobre la historia de la literatura española, francesa é inglesa en el siglo XVIII.*)

las bodas de su rival triunfante, que no habrían desdeñado los poetas de los mejores tiempos. Sonetos hay también en sus obras, que así por la gallarda versificación, como por la lozanía del pensamiento, merecen no caer en el eterno olvido de que amenazados estaban (1).

Hasta en sus cantos épicos á los sitios de Lérida y Campomayor, y á la conquista de Orán, que son á todas luces muestras de la más perversa poesía que se conoce en castellano, hay robustas octavas y pensamientos nobles, vigorosamente expresados, que brotan, como las flores en el cieno, entre los alambicamientos de la idea y los intrincamientos de la frase.

¿Quién no cree escuchar un eco de la entonación rotunda y atrevida de Lope de Vega, al leer el apóstrofe que, entre sorprendido y airado, dirige Neptuno al Monarca castellano, cuando mira invadido su imperio por una escuadra de más de seiscientos bajeles?

Nunca en la inquieta mar la algosa frente
Desarrugó Neptuno tan pasmado,
Porque el reino jamás de su tridente
Á tanta carga resistió agobiado:
A los vientos apela, ya impaciente
Sus rigores mitiga, ya irritado
A que rompan les mueve el duro centro
De aquel peñasco donde braman dentro.
¿Qué es esto, dice, Júpiter hispano? (2);
¿La quietud tantas veces de mi imperio
Altera el cetro de tu angusta mano?
¿Es tuyo acaso el lóbrego hemisferio?

Sin duda que absoluto soberano
Intentas reducirme á cautiverio;
Si no es que en fe de tu valor presumas
Ocultar con tus naves mis espumas.
Aunque el último fin de tus empeños
En los arcanos de la mente escondas,
No podrán á mis fondos y mis ceños
Prender tus anclas y medir tus sondas;
Bien que al gravámen de robustos leños
El hombro inclinen las cansadas ondas,
Sin ser puerto bastante á tantas quillas
La inmensa longitud de mis orillas....

Muchas otras octavas podrían citarse como muestra de elevada y noble y poesía. Nos limitaremos á recordar aquella tan celebrada, relativa á la artillería destinada al sitio de Campomayor:

Llegan á impulso de los tardos bueyes,
Sobre fuertes cureñas sustentadas,
Las últimas razones de los reyes,
En el seno del Etna fabricadas:

Horroroso comento de las leyes,
Tribunal de potencias agraviadas;
Que en el orbe, teatro de malicia,
Nada vale sin fuerza la justicia.

Y esta otra, inspirada por la triste necesidad, según el arte de la guerra, de arrasar los olivares que circundaban la plaza. Al través de la antítesis y de la metáfora de la guerra y de la oliva, resplandece un alto pensamiento:

¡Oh contagio del mundo, cuyo arte,
Primera escuela del primer tirano,
Ofrece en aras del sanguineo Marte
La hermosa insignia de apacible Jano!

Pero cuando en el hombre se reparte
Castigo justo por la eterna mano,
En todo paga, porque en todo yerra,
Y es la paz instrumento de la guerra.

Y ¿cómo no recordar también aquellas octavas en que, después de haber pintado la fatiga, el hambre y la sed que arrostraban las sufridas huestes españolas en la abrasada tierra de África, defiende con tierna efusión á los soldados contra las comunes murmuraciones de la plebe de las ciudades?

(1) Sirva de confirmación el soneto siguiente:

LA DIFICULTAD DE LA ENMIENDA EN LA VEJEZ, ALUDIENDO
Á SU PROPIA VIDA.

Soneto.

* Gusté la infancia, sin haber gozado
El dulcísimo néctar que bebía;
Pasé la adolescencia en la porfía
De áspero estudio, mal aprovechado.
La juventud se llevan Marte airado,

Amor voluble, rústica Talía,
Sin acordarme que vendrá algún día
La corva ancianidad con pié callado.
Y cuando llegue, que será temprana,
¿Qué empresa entonces seguiré contento?
¿La de triunfar de mí?... ¡Ceguera insana!
¡Esperar el más arduo vencimiento
Quien el día perdió, con su mañana,
En la noche infeliz del desaliento!

(2) Felipe V.

Y tú, grosero, miserable urbano,
Que murmuras, cual carga y desperdicio,
Que dispense á la tropa el Soberano
El socorro, el amor, el beneficio;
Si en campaña le vieses ya cereano,
Con sed, hambre y cansancio, al sacrificio,
¿Qué no cediera allí tu mano escasa
Por el dulce sosiego de tu casa?

Pues hambre, sed, cansancio, cada instante
En la hueste española es homicida;
Siendo el hierro y el plomo fulminante
El peligro menor contra su vida.
Gozar tus bienes, disfrutar amante
El amor de tu esposa tan querida,
Á esos debes que tanto vituperas....
Tú los amaras como tú los vieras.

Á la insustancialidad privativa de la poesía que preponderaba en aquella época, y juntamente á la índole inconsistente y versátil de la imaginación de Gerardo Lobo, puede atribuirse el malogramiento de este nada vulgar ingenio.

Impresionable y expansivo, cedia, sin fe y sin esperanza de gloria, al imperio de su vocación: el cuerpo de guardia, el campamento, el sórdido alojamiento de una aldea, eran igualmente para él centro y objeto de inspiración. La poesía era una necesidad intelectual de su vida, y á pesar de este genial impulso, no hallaba en sí, ni fuera de sí mismo, la misteriosa fuerza que el alma requiere para remontarse á los arrobamientos del mundo ideal, ó para encenderse con el fuego de la pasión. No alcanzaba, como podría decirse, empleando una frase vulgar pero expresiva, á tomar la poesía por lo serio. Si buscando pretexto en la exótica moda del *chichisveo* (1), intentaba definir la noble y etérea esencia del amor místico, se enredaba en escolásticas abstracciones; si quería pintar en tono heroico las hazañas de las armas españolas, se perdía en el laberinto prosaico de minuciosos pormenores; si satirizaba los extravíos de su tiempo, en vez de palabras de indignación ó de incisiva y delicada ironía, se engolfaba en un mar de alambicados chistes y de hiperbólicos devaneos.

Y sin embargo, es imposible no deleitarse con el desenfadado jugueteo de su númen. Ya imita el necio y sutil amor de los petrarquistas (2), ya el afecto limpio y sencillo de los pastores de Garcilaso (3), ya la implacable y descarada burla de Quevedo. Con Góngora se muestra su vena poética todavía más inquieta: unas veces le remeda, le admira y le apellida *Horacio cordobés*, otras se mofa de la algarabía de su estilo.

Aunque por lo común se muestra aficionado al donaire familiar, cultiva á veces el discreto delicado y metafísico de los poetas del siglo XVI. Puede servir de ejemplo aquel soneto (4) en que contesta al ingeniosísimo de don Hernando de Acuña que empieza:

Dígame quien lo sabe cómo es hecha
La red de amor.

Acuña contesta de tres maneras á su propio soneto (5); pero Gerardo Lobo, imitándole, le aventaja en la gracia y sutileza propias de aquel género de poesía artificial.

Durante la invasión de Portugal escribió Gerardo Lobo una carta en tono muy chancero á un religioso amigo suyo. En ella alude, como suele, á los sinsabores de la vida del soldado

(1) *Chichisveo*, obsequio asiduo de un caballero á una dama con afectadas pretensiones de culto extático y desinteresado. El nombre y la ridícula costumbre que significa, pasaron á España y á Francia de Italia, país fértil en estos amorosos refinamientos, como lo prueban los tres matices de la misma idea, *cavaliere servente*, *sigisbeo* y *patito*.— En España el *chichisveo* tuvo ardientes sectarios y enérgicos impugnadores. Gerardo Lobo sostuvo una porfiada polémica sobre este punto, en la cual tomaron parte varios poetas, y entre ellos, con habilidad escasa, el célebre Cañizares. El aspecto moral de la

question llamó la atención del clero, y hemos leído graves disertaciones, impresas, de insignes teólogos, encaminadas á señalar los peligros de tan hipócrita invención.

(2) Canción á Margarita.

(3) Soneto que empieza:

¡Oh dulce prenda! testimonio un día....

la *Carta pastoril*, etc.

(4) Número XI de nuestra colección; pág. 23 del presente tomo.

(5) *Obras poéticas*. Salamanca, 1591; en 4.º

en campaña, y dice irónicos chistes, expresados en tan natural y claro estilo como el siguiente :

¿ Hay para un hombre de gusto
Conveniencia más loable
Que salir de donde ama,
Y marchar donde le maten ?

Pero le ocurre hacer gala del estilo *culto*, y despues de escribir algunas cuartetas ininteligibles, sorprendido él mismo de lo tenebroso y enmarañado de la frase, corta de repente el período y exclama :

... ¿ Qué es esto ?
Yo llevo á engongorizarme.

La verdad es que no pocas veces se *engongorizaba* con fruicion sincera, y probablemente sin advertirlo. Así hubo de suceder en los dos largos romances que escribió en forma de leyenda, *Al Martirio de Nicéas*, y *Al Martirio de san Lorenzo*; en la *Paráfrasis de la carta Ovidiana de Enone á Enéas*, en el romance endecasílabo *Al suntuoso templo de la Rotunda, en Roma*, y en otras varias composiciones. Y de notar es que, con todo eso, cuando á impulsos de su sano instinto escribía con naturalidad, los adoradores del concepto y de la hipóbole le acusaban de no levantar la entonacion poética á la altura del gusto dominante. Él mismo lo declara así :

Que escribo versos en prosa,
Muchos amigos me dicen,
Como si el ponerlo fácil
No fuera empeño difícil.

En suma, rebosa el ingenio en la poesía estragada de *Gerardo Lobo*; pero además del gusto acrisolado, sin el cual viven mal las obras del arte, carece de la cuerda de sensibilidad, la más vibradora y simpática que encierra el corazón humano. Tal vez no faltaba en el alma del poeta, pero falta en su lira; por eso razona, discretea, describe, satiriza, pero no acierta á sentir ni á cantar.

Cuando se reflexiona en la extraordinaria popularidad que alcanzaron las poesías de *don Eugenio Gerardo Lobo*, en las varias ediciones que de ellas, ya separadas, ya reunidas, se hicieron en el siglo último, en la índole simpática de sus donosos versos familiares, que todavía recuerdan con gusto algunas personas, y en la jerarquía elevada á que llegó en la carrera militar este hombre, por diversos títulos insigne, parece en verdad cosa harto singular que se hayan conservado tan escasas noticias de su vida pública y privada.

Todo el mundo sabe, porque tradición murmuradora lo asegura, que el rey Felipe V le llamaba el *capitan coplero*, á consecuencia del enojo que hubo de causar al príncipe francés aquella conocida cuarteta :

Dos cerdudos (*cerdos*) al entrar
Me dieron la enhorabuena;
Que el trato con los franceses
Me hizo entenderles la lengua.

El enojo, si existió, pasó fugaz en el ánimo noble y generoso del monarca, de quien recibió *Gerardo Lobo* altas distinciones y mercedes (1).

Las merecia, en verdad. No era el *capitan coplero*, como algunos imaginan, un oficial ato-

(1) La circunstancia de haber encargado varias veces á *Gerardo Lobo* el Príncipe de Asturias (después Luis I) versos relativos á la ternura que este príncipe profesaba á su angusta esposa, es claro in-

dicio de la feliz armonía que reinaba entre el poeta y la corte de Felipe V.— Esta circunstancia está consignada en las obras del mismo *Lobo*. El Rey lo llevó consigo á la guerra de Italia.

londrado y estafalario, que escribía con especial predileccion agudezas osadas é imprudentes; era atildado y circunspecto en palabras y acciones (1), respetuoso con todo lo que hay respetable en el cielo y la tierra; modesto, cual solian serlo los españoles de aquellos tiempos, y lo que puede parecer inverosímil en un militar avezado á los trastornos y desórdenes de la guerra, era hombre de conciencia mística y timorata. ¿ Quién creeria que una de las principales composiciones del alegre y marcial poeta, que se imprimió en Sevilla, siendo todavía capitán de caballos-corazas, fué un exámen severo de sus faltas pasadas, con este título sombrio: *Reo convicto, en el tribunal de su conciencia?*

Hasta la desgraciada muerte de *Gerardo Lobo*, de la caída de un caballo, siendo teniente general y gobernador militar y político de Barcelona, contribuyó á hacer simpática su memoria.

Á los dos poetas cuyo carácter acabamos de bosquejar, pudieran acaso agregarse, como poetas malogrados de aquella era, *Tafalla y Negrete*, y *Rebolledo de Palafox, marqués de Lazan*. De ellos ha apartado completamente los ojos la posteridad, nunca indulgente con las obras políticas, filosóficas ó literarias de las épocas de transición. Como quiera que sea, la crítica histórica no debe olvidar que así estos escritores, como Candamo, el doctor Torres, *Gerardo Lobo* y otros, son los últimos representantes genuinos del libre espíritu literario de nuestra patria, sin mezcla ni restricciones de extraño origen, y que su inspiracion, si bien decadente y viciada, era absolutamente española.

El doctor, abogado de los Reales Consejos de Aragon, *don José Tafalla y Negrete*, cuya época floreciente pertenece á los últimos años del siglo xvii, pero cuya vida llegó á alcanzar al xviii, es uno de los dechados más cabales, y por consiguiente más lastimosos, de la poesía familiar, y por decirlo así, *casera*, que sustituyó malamente á aquella poesía de intención segura, de arrobamiento místico, de majestuoso arranque, que habia resonado en la lira de los Argensolas, de los Leones y de los Herreras. Y no era, por cierto, *Tafalla* de los poetas más rastreros y desaliñados de su tiempo. Su estilo es claro, su lenguaje suele ser castizo y propio, y si rinde culto á la moda de los conceptos, se echa de ver al propio tiempo que es costumbre y alarde, no tendencia natural de su ingenio. En 1678, su amigo, el Marqués de Alcañices, lo llevó desde Zaragoza á Madrid, donde lució sus dotes de improvisador en las academias y justas poéticas tan en boga en aquellos dias, y, al decir de sus contemporáneos, mereció el sobrenombre de *el divino Aragonés*, lo cual puede significar meramente que aventajaba á los más en el género de agudeza y discrecion que producía entónces tanto embeleso. El hecho es que, por su facilidad en versificar, y por el donaire y galanura de su discreto, fué en Zaragoza blanco de la admiracion general, y en Madrid logró los principales premios en las mencionadas academias. Se han perdido los versos que escribió en Madrid, ya en la madurez de la vida y del entendimiento. Sólo podemos juzgarle por las insignificantes poesías que sus amigos publicaron en Zaragoza, en 1706; y estas poesías, fruto de los primeros años de su juventud, no bastan, por cierto, á justificar aquel sobrenombre lisonjero. En las poesías sagradas, á semejanza de Montoro, dirige á los santos insípidos conceptos. Santa Teresa y santa Isabel no le inspiran más que frívolas *chambergas*. Pero en algunos de sus romances hay trozos que recuerdan el discreto vivo, disertó é ingenioso de Moreto y de Calderon. Son como destellos moribundos de la antigua musa española. En la edicion de 1706 está caracterizada con acierto esta poesía, escrita siempre *por encargo*, y exhausta de inspiracion y de alcance moral. Son de notar el tino y la sensatez con que, á pesar del gusto dominante, juzgaba el editor de las obras de *Tafalla* aquella literatura bastarda, que no pasaba de trivial recreo. « Este modo de escribir mandado, dice el editor, es muy violen-

(1) Sus versos, aunque á veces familiares, nunca fueron chabacanos ni obscenos. Algunos juzgó demasiado libres, y esos los rasgó siendo todavía mozo,

para que no pesáran en la conciencia. Así lo dice el poeta mismo en un soneto.

to, aún para el númen más obediente; y son muy pocos los que entienden las diferencias que se notan entre los poemas que nacen de impulso propio y los que son puramente compuestos por obediencia. Casi todas las poesías de este *Ramillote Poético* (título de la Colección), ó bien épicas, ó bien líricas, ya en asuntos amorosos, ya heróicos, ya sacros, se conoce que eran para ajenos desempeños y tiempos precisos, donde, quitando la libertad al furor poético, lo reducian á escribir aunque nunca estuviese inspirado. Éste es un modo de componer sin espíritu y sin fervor, donde obra como esclava la dulzura y como atareada la facilidad.»

Segun se ve, un editor tenía más sano y atinado sentido crítico que los literatos y poetas de su tiempo.

El *Marqués de Lazan'*, también poeta aragonés, fué otro de los ingenios malogrados que por aquellos días rindieron culto á la tradición, aunque viciada, de las letras castellanas. Escribió, además de otras obras de menor importancia, un poema en veintidos cantos, titulado *Métrica historia, sagrada, profana y general del mundo; sus tres primeras edades, sobre el libro del Génesis* (1). Es uno más entre aquella copia inmensa de poemas narrativos bíblicos, místicos ó profanos, como *La Creación del Mundo*, de Acevedo, ó el *David*, del doctor Uziel, que había producido el siglo anterior; pero, á vueltas de la balumba de erudición que encierra el poema, y de la afectación y el alambicamiento, que eran galas literarias del tiempo, asoma á cada paso el ingenio vivo y de buena ley de que la naturaleza había dotado al poeta. Con ser su obra un centon de hechos y noticias de la historia bíblica y de la historia fabulosa, nunca es el poema rastrero ni desmayado, y las hermosas imágenes y robustas octavas que en él se encuentran de cuando en cuando, hacen presumir que, á nacer un siglo antes, el *Marqués de Lazan* habría figurado dignamente al lado de los Hojedas y de los Valdivielsos.

Su estilo es, por lo general, conceptuoso, y no en corto grado. Pero era tal la costumbre de las encrespadas metáforas y del lenguaje enmarañado, que el Marqués cree sinceramente que escribe con naturalidad, y hasta se disculpa con humildad por ello. «Ofrezco esta Historia (dice), no con expresiones levantadas, soberbia vanidad de las plumas, gloriosa ostentación de los ingenios; no con hondos conceptos y alusiones profundas; sino con un estilo llano y natural, en que he solicitado la propiedad y la limpieza, la claridad y la expresión....., siguiendo mi inclinación, ó porque me falta aliento para lo sublime, ó porque aborrezco la oscuridad.»

Hé aquí algunas muestras de su estilo. Así pinta las flores agradecidas en el momento de la creación:

Toda púrpura allí, la fervorosa
Rosa se enciende, ardiente más que vana,
Adorando la mano poderosa
Con bellos labios de carmin y grana.
La azucena, ya cándida, ya hermosa,
Emulando el albor de la mañana,
No con menos respeto ni decoro,
Alaba al Criador con lenguas de oro.

Nieve el jazmin y la mosqueta grata,
Tesoro la retama y el junquillo;
Flores todas, las unas blanca plata,
Y las otras feliz oro amarillo;
El azahar, que en fragancias se desata,
Y el tulipan con su matiz sencillo,
Por tributo al Señor rinden felices
Plata y oro, fragancias y matices.....

Continúa describiendo los hechizos de la creación:

Corta el cristal el pez, que no respira,
Y se desliza por las aguas mudo;
El pájaro parlero el aire gira
Con dulce idioma ó con lenguaje rudo.
Roto á pedazos, en el mar se mira
Entre escamas el sol; y, no desnudo,
El viento vano con adornos graves
Se viste de las plumas de las aves.....

Eva formada, pues, decir se puede
Que en sí se epilogó toda hermosura;
La de su cuerpo solamente cede
Á aquella que atesora su alma pura.
Digna esposa de Adán, se le concede
Dominio sobre toda criatura
Material, y agraciada así y contenta,
El mismo Dios á Adán se la presenta.

(1) Impreso en Zaragoza, por Juan Malo, 1734, en 4.º

Así habla Lucifer cuando intenta inducir al pecado al primer hombre:

Será mi esclavo: sellarán su frente
De su culpa los hierros; arrogante
El drecho de gozar eternamente
De Dios ha de perder en un instante.

Del Empireo el Señor omnipotente
Cerrará los candados de diamante.....
Y yo abriré, para castigo eterno,
De par en par las puertas del infierno.....

Al hablar de la primera culpa:

Eva en culpa, de Adán en la que intenta,
Á encontrar su disculpa se apercibe,
La fruta le persuade y le presenta,
Y que no morirá, pues ella vive.

Come Adán, y en su ruina con afrenta
Esclavo del demonio se suscribe
Todo el linaje humano..... ¡Pudo tanto
El ejemplo, el amor, el ruego, el llanto!

Al describir el diluvio, entre otras ingeniosas imágenes, le ocurre el ave acuática, que no pudiendo descansar en la tierra, tiene que rendirse al cabo á la fatiga y morir en el agua. La pinta así:

El pájaro veloz se atropellaba,
Buscando en balde por descanso el suelo,
Y en cuanto el giro y vista dilataba,
Sólo alcanzaba el agua, sólo el cielo.

Sus extendidas alas fatigaba,
Y ya rindiendo su constante vuelo,
En el agua, que fué su primer cuna,
Tumba encontró su misera fortuna.

En los discursos no le faltan soltura é ingenio. Así habla Nemrod á los Caldeos, para que, seducidos con falaces promesas y esperanzas de ventura pública, lo elijan rey:

Aquí, pues, como hermanos viviremos,
Al interés y á la ambición negados;
Como á fin principal atenderemos
Del Señor al servicio destinados.
Para más sociedad levantaremos
Edificios de muros circundados,
Como ley observando sin malicia
La paz, la religión y la justicia.

Para esto, pues, obedecer es justo
Todos á un rey, poniendo soberano
Purpúreo manto sobre su hombro angusto,
Corona y cetro en su cabeza y mano.
Hechura nuestra, hechura á nuestro gusto,
No su dominio fundará tirano;
Que obligado á mandar de nuestra ciencia,
Aun el mismo mandar será obediencia.....

Más adelante, después de bosquejar con brioso pincel á Semíramis, dice de ella:

Y volviendo á Semíramis hermosa,
De su conciencia y mérito acusada,
Si en la campaña vive cuidadosa,
No en la corte se muestra descuidada.

Tirana en todas partes y celosa,
La corona en sus sienas mal clavada,
Mira el potente cetro con recelo,
Con más temor del mundo que del cielo.

Véase, por último, con cuánta gallardía describe al cazador Ismael:

Ni bruto, ni ave, pájaro, ni fiera,
Ni el gavilán, ni el tigre remendado,
Ni el fiero león, ni el águila guerrera
Se exime de Ismael, del arco armado.

Embraza el arco, aplica la ligera
Flecha á la cuerda, el nervio retirado;
Y cuando á el punto atenta vista opone,
Donde pone la vista el hierro pone.....

Tal vez hemos citado demasiado. Nos ha cautivado la gallardía de la expresión. No citaremos más, porque sería interminable tarea. Acaso no hay una sola octava perfecta entre las dos mil doscientas noventa de que consta el poema; pero en las que hemos citado, y en otras innumerables, se encuentran á cada paso destellos de viva fantasía. Quien así versifica, pinta y razona en la época más infeliz que han conocido las letras españolas, puede no tener gusto, ni sobriedad, ni pureza, ni elegancia; pero abriga indudablemente en su entendimiento muchas de las prendas nativas del poeta.